



Cada 4 de Julio, los estadounidenses celebramos la libertad. Lanzamos fuegos artificiales al cielo, asamos hamburguesas, ondeamos banderas y recordamos con orgullo la Declaración de Independencia. Y con razón: nuestros Padres Fundadores lucharon y derramaron su sangre por la libertad, declarando que todo ser humano ha sido dotado por su Creador con derechos inalienables.

Pero en los últimos años, la palabra "libertad" se ha vuelto cada vez más irreconocible. De hecho, hemos llegado a un punto en el que la mayoría de los estadounidenses hablan de libertad mientras niegan sus fundamentos: la verdad, la virtud y Dios. Así que, en este Día de la Independencia, los católicos deberían preguntarse: ¿qué celebramos realmente? ¿Y qué significa la verdadera libertad a la luz de nuestra fe?

Si la libertad significa ahora el derecho a redefinir el matrimonio, a matar a los no nacidos, a divorciarnos y volver a casarnos a nuestro antojo, a mutilar cuerpos sanos en nombre de la "identidad" y a burlarnos de la ley moral con impunidad, entonces es hora de admitir que nuestra comprensión nacional de la libertad no sólo está distorsionada; es peligrosa.

La buena noticia es que la Iglesia Católica siempre ha sido la defensora más fiel de la verdadera libertad en el mundo. Pero la verdadera libertad no es lo que el mundo moderno cree que es.

Los fundadores tenían razón

La Declaración de Independencia afirma con acierto que la libertad proviene de Dios, no del gobierno. Es una idea profundamente católica: nuestra dignidad y libertad tienen su raíz en nuestra creación a imagen de Dios. Pero aquí es donde la cultura moderna se aparta de esa visión: busca la libertad sin el Señor. Conservamos el lenguaje de los Fundadores, pero lo despojamos de la metafísica. Como dijo G. K. Chesterton, «el mundo moderno está lleno de virtudes cristianas desquiciadas».

Lo que comenzó como «libertad bajo Dios» ha mutado lentamente a «libertad de Dios». Hoy, la palabra ha sido cooptada por quienes la usan para justificar el aborto, la ideología de género, el relativismo moral, la pornografía y la eutanasia.

Esto no es de lo que habla la Iglesia. Y no es lo que Cristo vino a darnos.

La libertad no es hacer lo que quieras

La noción popular de libertad hoy en día es esta: puedo hacer lo que quiera, siempre y cuando no lastime a nadie. Pero eso es una licencia: una distorsión de la libertad y el primer paso hacia la esclavitud.

El *Catecismo* nos enseña que «la libertad es la facultad, arraigada en la razón y la voluntad, de actuar o no actuar, es decir, de realizar acciones deliberadas bajo la propia responsabilidad» (1731). «Por el libre albedrío, el hombre es capaz de orientarse hacia su verdadero bien» (1704).

Tenga en cuenta que la libertad no es la capacidad de seguir los propios caprichos, sino de elegir lo verdaderamente bueno. La libertad siempre se orienta hacia la verdad. De lo contrario, se autodestruye. Un tren es más "libre" no cuando se sale de las vías, sino cuando circula por ellas. Lo mismo ocurre con el alma humana.

Cuando alguien dice: «Es mi decisión», un católico debe preguntarse: ¿Es buena? ¿Es moralmente verdadera? ¿Está orientada hacia Dios o lejos de él?

Sin esas preguntas, la "libertad" se convierte en un becerro de oro.

El libre albedrío: un don que debe ser dirigido

Dios nos dio el libre albedrío para que lo buscáramos, lo conociéramos y lo amáramos, no para que nos convirtiéramos en pequeños dioses. Eso era lo que Satanás quería. La Iglesia enseña que el hombre fue creado con alma racional precisamente para que, por su propia voluntad, llegara a amar a Dios (CIC 1730).

Pero eso también significa que somos responsables. El libre albedrío conlleva responsabilidad moral. No somos robots. Y nuestras decisiones tienen consecuencias eternas. Por eso el *Catecismo* también advierte que el mal uso de nuestra libertad no conduce a la independencia, sino a la esclavitud:

La libertad del hombre es limitada y falible. De hecho, el hombre fracasó. Pecó libremente. Al rechazar el plan de amor de Dios, se engañó a sí mismo y se convirtió en esclavo del pecado (1739).

En nombre de la libertad, muchos hoy se han vuelto completamente esclavos: de la lujuria, de la ideología, de la validación social, de la ira, de la autolesión, de la envidia, de las adicciones de todo tipo. Pero Cristo ofrece algo infinitamente mejor.

La verdadera libertad se encuentra en Cristo

Por eso la Escritura insiste: «Para que seamos libres, Cristo nos liberó; no se sometan de nuevo al yugo de la esclavitud» (Gálatas 5:1). Cristo vino no para confirmar nuestras decisiones, sino para liberarnos del pecado. Su verdad no limita nuestra libertad; la libera.

La América moderna ha olvidado esto. Nos hemos alejado de Cristo y nos hemos preguntado por qué nuestra sociedad se siente cada vez más restringida. Pero cuanto más ignoramos la verdad objetiva y la ley divina, más fragmentada, caótica y autoritaria se vuelve nuestra vida pública. Los Fundadores nunca imaginaron una república libre sin virtud moral. Esto se debe a que no se puede tener auténtica libertad sin almas ordenadas.

La confusión protestante sobre la libertad

Para complicar aún más las cosas, algunas teologías protestantes distorsionan aún más el asunto. La Reforma, especialmente en la tradición calvinista, introdujo la idea de que el libre albedrío humano fue completamente destruido por la Caída. Esto conduce a una perspectiva inquietante: que Dios predestina a algunos al cielo y a otros al infierno, y que el hombre no tiene ninguna influencia real en el asunto. Eso no es libertad. Eso es fatalismo.

La doctrina católica, en cambio, armoniza ambas verdades: la gracia es primaria y necesaria, pero nuestra respuesta es real y libre. Dios desea que todos se salven (1 Tim. 2:4), pero no nos obliga. Respeta nuestro libre albedrío, incluso cuando lo usamos para rechazarlo. Por eso, la salvación requiere cooperación: nuestro *fiat*, como el de María.

Si el lema fundador de Estados Unidos es “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”, la respuesta católica es que esa felicidad sólo se puede encontrar eligiendo libremente el bien, en comunión con Cristo.

¿Seguimos siendo independientes?

En este Día de la Independencia, deberíamos plantearnos la pregunta difícil: ¿seguimos siendo una nación que sabe lo que es la libertad?

Muchos estadounidenses creen ser libres, pero están esclavizados por el pecado, esclavizados por falsas ideologías y cautivos de pasiones que ya no controlan. Hemos confundido la liberación de la tiranía con la liberación de la virtud. Hemos confundido la rebelión con la libertad y la autonomía con la excelencia.

Pero hay esperanza.

La Iglesia aún conserva las claves de la verdadera libertad. Los santos son prueba de que la verdadera libertad no reside en romper las reglas, sino en conformarse a Cristo. San Maximiliano Kolbe murió en Auschwitz, pero su alma era libre. Santo Tomás Moro fue ejecutado por desafiar a un rey tirano, pero murió gozosamente libre. Estos son los hombres que verdaderamente encarnaron la «independencia», no de Dios, sino del pecado, el miedo y la falsedad.

Un llamado a los patriotas católicos

Si amas a tu país, entonces ayuda a su gente a recordar lo que realmente es la libertad. Esta no se logrará con consignas, desfiles ni consignas partidistas. Se logrará mediante la conversión, el arrepentimiento y la verdad.

Celebren el 4 de Julio, pero aprovéchenlo para proclamar que la mayor libertad no es la independencia política. Es la libertad de decir "sí" a Dios. La libertad de obedecer cuando el mundo se rebela. La libertad de elegir la virtud cuando el pecado parece fácil. La libertad de alcanzar la santidad.

Porque Cristo no murió para hacerte autónomo. Murió para hacerte libre.

“Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (Juan 8:32). Este Día de la Independencia, no te limites a ondear la bandera. Elige la verdad. Elige a Cristo. Elige la verdadera libertad.